

LA MUERTE DEL ESCEPTICISMO O SAN AGUSTÍN Y LOS ACADÉMICOS

Por: Gonzalo Soto Posada
Universidad Pontificia Bolivariana

*En este mundo traidor, nada es verdad ni es mentira; todo es
según el color del cristal con que se mira*

Copla popular

Nada es verdad, todo está permitido

Eslogan escepticista de todos los tiempos

*Es que la completa saciedad de nuestras almas, la vida feliz no es
otra cosa que conocer por quién eres guiado a la Verdad, de qué
Verdad disfrutas, por qué medios te contactas con la Suma Medida.
Estas tres cosas permiten conocer al Dios único y a la única
substancia, dejando de lado las vanidades de la superstición*

San Agustín, *De vita beata*. IV, 35

Introducción

El presente ensayo es un diálogo con uno de los textos agustinianos que más me han golpeado: el *Contra Academicos*. Digo golpeado porque dada la labilidad, fragilidad y finitud humanas, siempre se viven momentos donde el escepticismo y el nihilismo negativo inundan mi corazón y mi mente, proclamando con diáfana claridad: ¡nada es verdad, todo vale! En estos momentos inevitables del cotidiano vivir, en una especie de ontología de lo cotidiano, me he agarrado al *Contra Academicos*, no como puerto seguro contra la duda, la probabilidad y la incertidumbre, sino como una pequeña embarcación que me puede dar luces en medio del caos, la penumbra y la oscuridad del agreste mar violento que es la vida. Incluso, después de su lectura, los bramidos–chillidos–zumbidos del escepticismo no se

calman y vuelven a gritar hasta con más ahínco: ¡todo vale nada y el resto vale menos!, como canta nuestro poeta León de Greiff. El ensayo, por lo mismo, no pretende llegar a absolutas, necesarias y universales conclusiones. Su intención es muy sencilla: hallar un oasis en medio de las turbulencias vitales, para refrescar esta ambigua vida con el agua del posible gozo de la verdad, en tanto *frui, quies, delectatio, gaudium*. Este ejercicio místico del "*gaudium de veritate*" es lo que propongo como hermenéutica del *Contra Academicos*, pero siempre desde la bella perspectiva agustiniana: "Busquemos para encontrar pero encontraremos sólo la capacidad de buscar al infinito".¹

1. El *Contra Academicos*

El *Contra Academicos* consta de tres libros; fue escrito en el retiro de Casiciaco en el año 386, los días 11, 12, 20, 21 y 22 de noviembre; fue dedicado a su amigo Romaniano, atropellado en estos momentos por los furores de la fortuna; Romaniano fue uno de los amigos más íntimos de Agustín, rico, noble y generoso. Así nos lo describe el obispo de Hipona: "Siendo yo adolescente pobre y emigrante por causa de mis estudios, tú Romaniano me diste alojamiento y subvención para mi carrera y, lo que se aprecia más, una acogida cordial. Cuando perdí a mi padre, tú me consolaste con tu amistad, me animaste con tus consejos, me ayudaste con tu fortuna. Tú en nuestro municipio, con tus favores, tu amistad y el ofrecimiento de tu casa, me hiciste partícipe de tu honra y primacía".² La descripción remata con estas conmovedoras palabras: "si me alienta la confianza de llegar al sumo Bien, tú me has animado, tú has sido mi estímulo, a ti debo la realización de mis anhelos. Pero la fe, más que la razón, me ha hecho conocer a aquel de quien tú has sido instrumento".³

Las palabras citadas me dan el primer apoyo contra el escepticismo: la amistad. Es cierto que existe la enemistad y en lucha constante contra la amistad. Pero la *philia*, la *amicitia* fue para el hiponense un apoyo en su vida, obra y pensamiento. Incluso la vivió cuando tuvo su amistad con los académicos, en cuyo movimiento militó antes de su conversión en el 386: "¡Oh grandes hombres de la Academia! Ninguna certidumbre podemos asir, estrella fija de nuestra vida".⁴ Esta expresión de *Las Confesiones*, rayando Agustín en los treinta años, nos indica que, incluso con quienes después podemos disentir, es posible seguir en amistad. Bien lo anota Maurice Blanchot al hablar del último Foucault: "De ahí la tentación de ir a buscar en la Antigüedad la revalorización de las prácticas de la amistad, las cuales, sin llegar a perderse, no han vuelto a encontrar, salvo entre algunos de nosotros, su

1 *De Trinitate*, IX, 1

2 *Contra Academicos*, II, 2, 3. Seguiré citándolo con la sigla *CA*. Uso la edición bilingüe de la *Biblioteca de Autores Cristianos: Obras de San Agustín*. Madrid: BAC, Vol. III, 1982.

3 *CA*, II, 2, 4.

4 *Confesiones*, VI, XI, 18.

excelsa virtud. La *philia* que, entre los Griegos, e incluso entre los Romanos, era el modelo de todo lo que hay de excelente en las relaciones humanas (con el carácter enigmático que le confieren las exigencias opuestas, a la vez reciprocidad pura y pura generosidad), puede ser acogida como una herencia capaz siempre de enriquecerse... mientras me repito la frase atribuida por Diógenes Laercio a Aristóteles: ¡Oh, amigos! no hay ningún amigo”.⁵ Agustín, Foucault y Blanchot, amigos de la amistad, desmienten el todo vale y hallan en esta virtud una pequeña luz en medio de las tormentas de la vida con sus avatares y vicisitudes. Es que la amistad siempre fue para el de Tagaste un motor de su existencia, describiéndola con las mismas palabras del *De Amicitia* de Cicerón: “Porque esta fue definida muy bien y santamente como un acuerdo benévolo y caritativo sobre las cosas divinas y humanas”.⁶ No hallaba ninguna dificultad en llamar a un amigo “la mitad de mi alma”⁷ y siguiendo a Ovidio y a Aristóteles pensaba que la amistad era “un alma que habita en dos cuerpos”,⁸ ya que crea “una completa armonía de mente y propósitos”.⁹

El *Contra Academicos* es una puesta en escena de esta amistad. Es un diálogo, que no una diabólica, entre Agustín, Trigeccio, Licencio, Alipio y Navigio, sus amigos de toda la vida. Como comunidad dialogante desde la amistad, intentan mostrar que la felicidad no está en la búsqueda de la verdad sino en su conocimiento y que el espíritu puede alcanzar la certeza, que va más allá de toda probabilidad. En sus *Retractationes*, el santo nos hace esta sinopsis: “...escribí primero los libros *Contra los académicos* o acerca de ellos, con el fin de apartar de mi ánimo, con cuantas razones pudiera, los argumentos que todavía me hacían fuerza, con los cuales quitan ellos a muchos la esperanza de hallar la verdad y no permiten dar asentimiento a alguna cosa, sin consentir ni al sabio que apruebe verdad alguna, como si fuera manifiesta y cierta, pues todo, según ellos, está envuelto en tinieblas e incertidumbre”.¹⁰

Así, de entrada, va la primera pedrada contra el escepticismo: desde la amistad es posible el cuidado de sí, de los otros y de las cosas. Ella vuelve a hacer resonar la *epimeleia seautou* de Sócrates, el *cura sui* senequiano y el cuidado de sí foucaultiano.

2. La división de la filosofía

Como camino para desmenuzar el *Contra Academicos* y su refutación del escepticismo, me voy a basar en la división de la filosofía que el propio Agustín acuña, o mejor, toma de los

5 BLANCHOT, Maurice. *Michel Foucault tal y como yo lo imagino*. Valencia: Pre-textos, 1993, p. 69-70.

6 C.A. III, 6, 13.

7 *Confesiones*. IV, VI, 11.

8 *Confesiones*. *idem*.

9 *Ep.* 258, 4.

10 *Retractationes*. I, 1.

platónicos y la repiensa. Tres son las partes del filosofar: física, lógica y ética, es decir, filosofía del ser, filosofía de la verdad y filosofía del bien.¹¹ La física, filosofía natural o filosofía del ser estudia la causa de las naturalezas, la relación entre ser y devenir, la causa que causa sin ser causada (Dios), el mundo, sus formas, sus cualidades, sus elementos, la belleza de los cuerpos y de las almas, la creación de las cosas visibles y temporales, el principio fundamento que no pudo ser hecho y del que se hicieron todas las cosas. La lógica, filosofía racional o filosofía de la verdad se ocupa del conocimiento y el papel que juegan en él los sentidos, la inteligencia y la luz divina; su intento es distinguir lo verdadero de lo falso. La ética, filosofía moral o filosofía del bien se las ve con la acción, el bien, la felicidad, el bien del hombre en tanto cuerpo y alma, el gozo de Dios, la virtud.

Esta manera de pensar la filosofía es típicamente platónica. Agustín la sigue deconstruyéndola. Su conversión es la razón de esta deconstrucción. Para la física, Dios es la fuente del ser como creador; la física deviene teoría de la creación. En lógica, Dios es la fuente de la verdad de las cosas como luz intelectual; la lógica se convierte en teoría de la iluminación. En ética, Dios es la fuente de la bondad de los seres desde su gracia; la ética se transforma en una teoría de la gracia y de la santidad. Oigámoslo en palabras de nuestro místico: "...recibimos de un solo Dios verdadero y todopoderoso la naturaleza con que nos formó a su imagen y semejanza, la doctrina inconcusa con que podemos conocerle a Él y a nosotros mismos, y la gracia con que, uniéndonos con Él, seamos bienaventurados".¹² En esta perspectiva, la conversión es una anécdota en el sentido deleuziano o una experiencia en clave foucaultiana: esa especie de experimento que, al poner a prueba el conocimiento, produce un revolcón en el mismo conocimiento y en la vida de quien es revolcado. En su intraducible lenguaje extático, el Águila de Hipona nos cuenta este revolcón: "¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y ved que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba; y deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no lo estaba contigo. Reteníanme lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no serían. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y fugaste mi ceguera; exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y abraséme en tu paz".¹³

3. Lógica o filosofía del conocer

El *Contra Academicos* comienza con una premisa: es conveniente conocer la verdad;¹⁴ su búsqueda se impone. La pregunta es: ¿se puede ser feliz sin la verdad? O mejor:

11 *La Ciudad de Dios*, VIII, X, 2.

12 *La Ciudad de Dios*, VIII, X, 2.

13 *Confesiones*, X, XXVII, 38.

14 *CA*, I, 2, 5.

¿ser feliz no es vivir buscando la verdad? En palabras más radicales: ¿la felicidad requiere poseer la verdad o sólo buscarla?¹⁵ El ejemplo patente de un buscador de la verdad que no la poseyó y fue feliz, fue, dentro de los griegos, Carnéades de Cirene (Cirene 219 – Atenas 129 a. C.), sucesor de Arquesilao y fundador de la Nueva o Tercera Academia, con su profundo y elaborado escepticismo. Es cierto que Agustín distingue en la Nueva Academia dos tipos de doctrina. Uno, secreto, misterioso, esotérico, platónico, reservado a los iniciados y sabios. Otro, común, el de las disputas públicas. Este es el del escepticismo probabilista y verosímil.¹⁶ Con esta doctrina anfibia, Carnéades se oponía a Zenón y Crisipo, los iniciadores del estoicismo y sus tesis empiristas y sensualistas. Así presenta el converso a Carnéades: “más agudo y despierto que sus predecesores... para batir y destruir a los estoicos y Crisipo...”¹⁷ sagazmente observó qué obras aprueban los hombres, y hallándolas semejantes a las verdaderas; dio el nombre de **verosímil** a lo que en este mundo puede seguirse como regla en la práctica. Conoció él por su agudeza a qué cosa eran semejantes, y lo ocultaba prudentemente, y a esto llamaba **probable**. Pues reconoce bien una imagen el que conoce el modelo”.¹⁸ El enemigo queda pintado: de nada se puede afirmar su certeza; sólo caben afirmaciones untadas de probabilidad y verosimilitud con base en la experiencia.

Entre los romanos, estas ideas fueron seguidas por Cicerón, introductor del espíritu académico en sus círculos filosóficos:¹⁹ “¿Quién ignora que afirmó con insistencia que nada puede ser percibido por el hombre y que al sabio sólo le resta la rebusca diligentísima de la verdad, porque, si diera asenso a cosas inciertas, aun siendo verdaderas por casualidad, no podría verse libre de error, siendo ésta la falta principal del sabio?”²⁰ Cicerón, pues, a pesar de no tener la verdad, fue feliz y perfecto,²¹ en tanto hombre, ya que no era Dios ni se había separado del cuerpo.²² En otras palabras, buscó bien la verdad y ello lo hizo feliz desde su condición natural y sus falencias;²³ con esta forma de vida cultivó lo más noble del hombre, la razón; si la cultivó investigando la verdad devino bienaventurado,²⁴ en cuanto: “no yerra el que busca el bien, aun sin atinar en la verdad, y es dichoso, pues vive conforme a la razón”.²⁵

15 CA. I, 2, 6.

16 CA. III, 17, 38.

17 CA. III, 17, 39.

18 CA. III, 18, 40. El mismo Cicerón, según Agustín, presentaba a los académicos de la misma forma (CA, III, 20, 43).

19 CA. I, 3, 7.

20 CA. I, 3, 7.

21 CA. I, 3, 9.

22 CA. I, 3, 9.

23 CA. I, 3, 9.

24 CA. I, 3, 9.

25 CA. I, 4, 12. En honor a la verdad, verdadero eslogan agustiniano, el santo doctor piensa que Cicerón

La objeción agustiniana a estas tesis camina por los lados como él entiende el error: el que siempre busca y nunca halla vive en el error;²⁶ el error no es causa de felicidad, aunque en la práctica sea más fácil definir el error que acabar con él.²⁷ De ahí su definición del error como un andar siempre buscando y no atinar en lo que se busca,²⁸ como la aprobación de lo falso por lo verdadero,²⁹ es que sin sabiduría no hay felicidad, por lo cual el error es una desdicha. Cuando el académico afirma que ha de buscarse la verdad, en lo que consiste ser sabio, pero nunca se halla y por lo mismo, no puede aprobar como falso nada pues no aprueba nada, se está contradiciendo, ya que el no hallar la verdad ya es una verdad. Asimismo, nada más absurdo que decir que aprueba lo semejante a la verdad, cuando ignora ésta.³⁰ Si no se conoce la verdad, ¿cómo conocer lo que se le asemeja?³¹ Además, si el sabio debe abstenerse de aprobar nada, puesto que todo es incierto y no puede comprenderse la verdad, se sigue que el sabio sólo puede llegar a probabilidades verosímiles (afirmaciones con conciencia y asentimiento de ignorar la verdad) y poner en "epojé" su juicio, ese suspender el asentimiento, tanto en el conocer como en lo relativo a los deberes,³² lo cual convierte al hombre en una bestia, si no irracional, casi irracional. La conclusión es inevitable: para el académico, **todo vale**. Es que distinguir lo verdadero de lo falso es empresa humanamente imposible, máxime si hay que atenerse a la definición de Zenón el estoico: "nada puede percibirse sino aquello que de tal manera es verdadero, que se distingue de lo falso por sus notas o marcas de disimilitud".³³ Como se ve, nuestro obispo inserta su polémica con los académicos en el debate de éstos con los estoicos. Para Arquessilao, la propuesta de Zenón es una necesidad teórica y práctica, además de ser imposible humanamente hablando; lo más sano es no asentir a ninguna cosa;³⁴ de ahí su lema: "el que

no fue escéptico en el sentido académico del relativismo probabilista y verosímil, no obstante lo dicho en los textos citados de las notas 19, 20, 21, 22, 23, 24 y 25. Así se desprende de estas sus palabras: "Pues el sabio debe ser averiguador de la verdad, no artifice de las palabras.... ¿Qué pensáis? ¿Creéis que Cicerón, artifice de estas palabras, fue tan indigente en la lengua latina que ponía nombres poco adecuados a las cosas que tenía en su ánimo?" (CA, II, 12, 26).

26 CA, I, 4, 10.

27 CA, I, 4, 10.

28 CA, I, 4, 10.

29 CA, I, 4, 11.

30 CA, II, 12, 27.

31 CA, II, 12, 27.

32 CA, II, 5, 12.

33 CA, II, 6, 14. Agustín repite varias veces esta definición de Zenón. Así, en CA, III, 9, 18 dice: "...veamos lo que dice Zenón: Sólo puede percibirse y comprenderse un objeto que no ofrece caracteres comunes con lo falso". Y en CA, III, 9, 21 vuelve a repetir: "...la definición de Zenón... Sólo puede comprenderse un objeto que de tal modo resplandece de evidencia a los ojos, que no puede aparecer como falso".

34 CA, II, 6, 14; III, 9, 21.

nada afirma, nada haga”, “el que nada aprueba, nada hace”.³⁵ A lo que el sabio debe atenerse es a lo que le parezca probable o verosímil en cuanto la verdad se halla oculta, cubierta, confusa e indiscernible;³⁶ es que se puede ser sabio sin tener la ciencia ni saber nada,³⁷ ni prestar asentimiento a cosa alguna,³⁸ ni encontrar la verdad.³⁹ Por lo mismo, hay que dudar de todo, máxime cuando todos los movimientos filosóficos dicen poseer la verdad.⁴⁰

El cacumen del profesor de retórica en Milán sabe que se enfrenta, por lo dicho, a argumentos duros y convincentes; su respuesta tiene que ser también dura y convincente. Su réplica comienza afirmando que se puede hallar la verdad.⁴¹ Si ello no fuera posible, la vida carecería de sentido y conocimientos como la dialéctica, la metafísica, la matemática, la estética y la ética, se irían al suelo. Son los frutos de la búsqueda con ahínco de la verdad. Sofocar este ahínco es sofocar la esperanza de hallar la luz de la verdad.⁴² Si se tiene este telón de fondo, se sigue que de las cosas falsas no puede haber ciencia⁴³ y que en filosofía no se puede ser ni vivir como el Proteo de la mitología: camuflándose como el camaleón, llamando negro a lo blanco y luego todo lo contrario,⁴⁴ diciendo que es posible la sabiduría y a la vez que no, que no es lo mismo creer que se sabe y saber, que la sabiduría es todo y a la vez nada.⁴⁵ Si bien la verdad es multiforme, el proteísmo filosófico no es el camaleónico; es hallar en lo que aparece y parece la verdad universal, absoluta y necesaria. Sólo así “Proteo representa y sostiene el papel de la verdad, a la que nadie apresa si, engañado por falsas apariencias, deja o suelta los lazos para prenderlo”.⁴⁶ Por esto y nada más que por esto, Proteo es imagen de la verdad: siendo una se manifiesta de diversas maneras. Es su unidad en la variedad, como el arco iris.

En este proceso de búsqueda hay duda como punto de partida, no de llegada. Cuando la duda se instala en ambos términos, *a quo* y *ad quem*, se convierte en una peste.⁴⁷ O en astucia: “Tú avanzas en verdad, ¡oh astucia griega!, elegantemente bien ceñida y bien

35 CA, II, 5, 12; III, 15, 33; III, 18, 40.

36 CA, III, 1, 1.

37 CA, III, 4, 10.

38 CA, III, 5, 12.

39 CA, III, 5, 12.

40 CA, III, 7.

41 CA, II, 9, 23.

42 CA, III, 1, 1; ; III, 14, 30.

43 CA, III, 3, 5; III, 4, 10.

44 CA, III, 5, 11.

45 CA, III, 5, 12.

46 CA, III, 6, 13.

47 CA, III, 8, 17.

dispuesta".⁴⁸ Habitar el mundo desde la duda hace que preguntas vitalmente humanas como por qué vive el hombre, cómo vive, si vive, queden echadas a la basura. Estas preguntas, verdaderas **postrimerías filosóficas**, no pueden dejarse a la deriva dubitativa. Por ser últimas, requieren una respuesta última.⁴⁹ Para ello se filosofa.

Mas, una de las claves de bóveda de la refutación de los académicos, es la discusión agustiniana con la definición de Zenón ya citada y las críticas contra ella por parte de los mismos académicos, también traídas ya a colación. El hijo de Mónica agudamente argumenta: sabemos que esta definición es verdadera o falsa. Por tanto, algo sabemos. Más tajantemente: es falsa o verdadera. Si es falsa, todo el sistema académico se derrumba, pues su piedra angular es una proposición falsa. Si es verdadera, conocemos alguna verdad y el académico cae en flagrante contradicción.⁵⁰

El otro lema académico es: "nada puede percibirse".⁵¹ El padre de Adeodato, con un argumento *ad hominem*, desde el mismo Carnéades, muestra que hay percepciones evidentes: "¿Luego, Carnéades, vas a decir que no sabes si eres hombre u hormiga?"⁵² Con esta evidencia, la filosofía, cual nuevo Hércules, aplastará al Caco académico, dándole pedradas de verdad verdaderamente verdaderas.⁵³

Pero la polémica no para. Otro de los axiomas del académico es que a ninguna cosa se debe prestar asentimiento, en cuanto en filosofía nada puede saberse de cierto. Prueba de ello son las reyertas y discusiones de las escuelas, verdaderas garrulerías circenses. Muy atinadamente nos lo describe un contemporáneo nuestro, Ortega y Gasset:

El pasado filosófico es, a nuestros ojos, por lo pronto, el conjunto de los errores. Cuando el hombre griego hizo un primer alto en su trayectoria creadora de doctrina y echó la primera mirada atrás en pura contemplación histórica, ésa fue la primera impresión que tuvo, y al quedarse en ella y **no seguir pensando** dejó en él, como un precipitado, el escepticismo. Es el famoso **tropo** de Agripa o argumento contra la posibilidad de lograr la verdad: la "disonancia de las opiniones" —*diafonia ton doxon*—. Los sistemas aparecen como intentos de construir el edificio de la verdad que se malograron y vinieron abajo. Vemos, por lo pronto, el pasado como error. Hegel, refiriéndose, más en general, a la vida humana toda, dice que "cuando volvemos la vista al pasado lo primero que vemos es ruinas". La ruina, en efecto, es la fisonomía del pasado.⁵⁴

48 CA. III, 10, 22.

49 CA. III, 9, 19.

50 CA. III, 9, 21.

51 CA. III, 10, 22.

52 CA. III, 10, 22.

53 CA. III, 10, 22.

54 ORTEGA Y GASSET, José. *Origen y Epilogo de la Filosofía*, En *Obras Completas*, Vol. IX. Madrid: Revista de Occidente, 1962, p. 352-353.

Agustín contraataca y sin temores. Muestra que en estas disidencias o proposiciones disyuntivas, una tiene que ser verdadera, pues el mundo, por ejemplo, no puede ser a la vez uno y no uno, finito e infinito, temporal y eterno, necesario y contingente, con principio y sin principio, con fin y sin fin, natural y providente.⁵⁵ Con una paremia muy popular entre nosotros, el argumento del tagastino es: una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa, el principio de contradicción no puede ser abolido; si se hace viene el caos y el **todo vale**.

Mas, el académico no se rinde; lanza una de sus rocas más duras contra la posibilidad de habitar el mundo desde la verdad: ¿cómo saber si existe el mundo, cuando los sentidos engañan? Si los sentidos engañan, la conclusión es que el ser y el parecer se confunden y la verdad se escapa de nuestras posibilidades.⁵⁶ La réplica del obispo de Hipona no se deja esperar: los sentidos no nos engañan. Lo que nos engaña es la extralimitación que hacemos con sus datos. Es que el mundo nos contiene y sustenta,⁵⁷ se le ofrece al espíritu, aparece a los ojos, es una masa de cuerpos como una máquina donde estamos: “si hay un mundo más seis mundos, es evidente que hay siete mundos, sea cual fuere la afección de mi ánimo, y afirmo con razón que eso lo sé”.⁵⁸

El académico no queda satisfecho y responde: que los sentidos nos engañan nos lo prueban sus ilusiones durante el sueño y la locura. El guante agustiniano golpea más fuerte: “que tres por tres son nueve y cuadrado de números inteligibles, es necesariamente verdadero, aun cuando ronque todo el género humano... Tengo para mí que no debe acusarse a los sentidos ni de las imaginaciones falsas que padecen los dementes ni de las ficciones que se forjan en sueños”.⁵⁹ El académico no se da por vencido: concede lo anterior pero surge un lío: el testimonio de los sentidos no es verdadero. Los sentidos ven el remo quebrado en el agua, una misma cosa puede saber dulce o amarga, moverse o no moverse. El viejo profesor de retórica no se deja confundir: el remo tiene que verse quebrado en el agua. Hay una causa para que sea así. El error estaría en verlo recto: “pero dirá alguno: no obstante eso, yo me engaño si doy mi asentimiento. Pues no llesves tu asentimiento más allá de lo que dicta tu persuasión, según la cual así te parece una cosa, y no hay engaño”.⁶⁰ Al fin y al cabo, cuando alguien saborea una cosa puede certificar con rectitud que sabe, por el testimonio de su paladar, que es suave, o al contrario; de este saber no lo pueden privar ni los académicos y sus capciosos argumentos; sea cual fuere el estado de nuestros sentidos, proposiciones como: “Si hay cuatro elementos en el mundo, no hay cinco. Si el sol es único, no hay dos. Una misma alma no puede morir y ser inmortal. No puede ser el hombre al mismo tiempo feliz

55 CA. III, 10, 23.

56 CA. III, 11, 24.

57 CA. III, 11, 24.

58 CA. III, 11, 25.

59 CA. III, 11, 25.

60 CA. III, 11, 26.

e infeliz. No es a la vez día y noche. Ahora estamos despiertos o dormidos. Lo que me parece ver, o es cuerpo o no lo es”,⁶¹ son verdaderas. Estas proposiciones sometidas al análisis de la dialéctica como ciencia de la verdad reducen a un mero sofisma insidioso la afirmación académica: “si es verdadero, es falso; si es falso, es verdadero”.⁶² Por lo mismo, “¿dudaré yo que es muy razonable que el filósofo conozca cuanto hay de verdadero en la filosofía, cuando yo mismo conozco tantas verdades?”⁶³

Si estas argumentaciones no bastan, hay otra de mayor peso. Agustín acude a Platón y propone que hay que dar el salto al mundo de las Ideas y ver en el mundo de las cosas una copia de aquél; en el primero hay verdad y ciencia; en el segundo, opinión y sensación;⁶⁴ ambos conocimientos permiten llegar a la verdad y, desde esta filosofía platónica, la más pura y luminosa, en todo concorde con la de Aristóteles y rediviva en Plotino, puede el hombre cantar: “¡Eureka! ¡La verdad existe y se puede hallar!”⁶⁵

Se pudiera creer que la refutación ha terminado; de ningún modo; viene, a mi modo de ver, el golpe más contundente contra los académicos, el que los pone fuera de combate y les hace beber la cicuta de la derrota en este *ágon* de la *peitho* desde el *didonai lógon*; este golpe es la conciencia del yo como verdad indubitable. Los resortes de la argumentación son éstos: en primer lugar, la sabiduría del sabio se halla en él mismo; dudar de la existencia del sabio es un imposible, ya que es un hecho fáctico y constatable: el sabio buscando la sabiduría está existiendo en cuanto busca la sabiduría, incluso aunque no la alcance. En segundo lugar, la misma *epojé* o suspensión del asentimiento exige la existencia del yo. En tercer lugar, pensar es un modo excelente de ser y existir; lo dice claramente en otro de los diálogos inmediatamente posteriores a su conversión, el *De libero arbitrio*, en íntima conexión con el que se comenta: “Pensar no es otra cosa que vivir perfecta e ilustradamente gracias a la luz de la mente”.⁶⁶ Así, con fórmula que se ha hecho clásica, Agustín concluirá: “*si enim fallor, sum: si yerro, sé que existo*”.⁶⁷ Esta célebre expresión que textualmente no se halla en el diálogo que comento, está allí presente implícitamente y anuncia toda la reflexión del capítulo 26 del libro XI de *La Ciudad de Dios*, lugar escriturístico de la expresión; cito el texto entero en que surge la expresión, a mi modo de ver, el toque de gracia definitivo contra el académico:

Porque en realidad existimos, y conocemos que existimos, y amamos el ser así y conocerlo. En estas tres cosas no nos perturba ninguna falsedad disfrazada de verdad... sin la engañosa imaginación de representaciones imaginarias, estamos completamente ciertos de que

61 CA. III, 13, 29.

62 CA. III, 13, 29.

63 CA. III, 12, 27.

64 CA. III, 17, 37.

65 CA. III, 18, 41; III, 19, 42.

66 *De libero arbitrio*, II, 11, 30.

67 *La Ciudad de Dios*. XI, 26.

existimos, de que conocemos nuestra existencia y la amamos. Y en estas verdades no hay temor alguno a los argumentos de los académicos, que preguntan: ¿y si te engañas? Si me engaño, existo; pues quien no existe no puede tampoco engañarse; y por esto, si me engaño, existo. Entonces, puesto que si me engaño existo, ¿cómo me puedo engañar sobre la existencia, siendo tan cierto que existo si me engaño? Por consiguiente, como sería yo quien se engañase, aunque se engañase, sin duda en el conocer que me conozco, no me engañaré. Pues conozco que existo, conozco también esto mismo, que me conozco. Y al amar estas dos cosas, añado a las cosas que conozco como tercer elemento el mismo amor, que no es de menor importancia. Pues no me engaño de que me amo, ya que no me engaño en las cosas que amo; aunque ellas fueran falsas, sería verdad que amo las cosas falsas. ¿Por qué iba a ser justamente reprendido e impedido de amar las cosas falsas, si fuera falso que las amaba? Ahora bien, siendo ellas verdaderas y ciertas, ¿quién puede dudar que el amor de las mismas, al ser amadas, es verdadero y cierto? Tan verdad es que no hay nadie que no quiera existir, como no existe nadie que no quiera ser feliz. ¿Y cómo puede ser feliz si no fuera nada?⁶⁸

La existencia del yo es así incuestionable y como verdad se impone y deja al académico prostrado en la academia misma.

Tintas, tinteros y lo que se quiera han rodado, ruedan y seguirán rodando sobre este “*fallor, sum*” y el “*cogito, sum*” cartesiano. Mi tesis es que no guardan ninguna relación, pues el *fallor* agustiniano surge desde su conversión y el *cogito* cartesiano desde su subjetividad constituyente. Son ambos como el aceite y el agua; no se pueden juntar ni revolver.

4. Ética o filosofía del obrar

El tema de la felicidad y la virtud constituyen los ejes de la polémica ética contra los académicos. Agustín va poniendo los ladrillos de su refutación en forma escalonada, para mostrar que el escepticismo ético es un peligro para la vida buena y ciudadana. Comienza con una tesis en la que pone de relieve que la felicidad no está en los bienes mortales: fama, honor, gloria, amistad, poder, placer, riqueza, bienes materiales... La razón es que son efímeros, pasajeros y frágiles; se parecen en todo al hombre mutable y sujeto al tiempo.⁶⁹ Si esta premisa es válida, la conclusión sobre qué es la virtud salta a la vista: es aquella disposición que busca la honestidad y la hermosura, desde las cuales se apunta a ser más liberal que rico, más justo que poderoso, a rechazar la injusticia.⁷⁰ El amigo de Romaniano une ambas tesis y fabrica su constelación mental: la felicidad es vivir según lo mejor del hombre, que es la mente o razón, parte superior del alma, lo que Platón denominó *Noús*, la cual debe dominar

68 *Ibidem*.

69 *CA*, I, 1, 2.

70 *CA*, I, 1, 3.

instintos y pasiones.⁷¹ Es lo que Sócrates denominó *epimeleia seatou*,⁷² Séneca *cura cui*⁷³ y que me atrevo a traducir, como Foucault, por **cuidado de sí**: “el acento se coloca sobre la relación consigo mismo que permite no dejarse llevar por los apetitos y los placeres, conservar respecto de ellos dominio y superioridad, mantener los sentidos en un estado de tranquilidad, permanecer libre de toda esclavitud interior respecto de las posiciones y alcanzar un modo de ser que puede definirse por el pleno disfrute de sí mismo o la perfecta soberanía de sí sobre sí”.⁷⁴ Desde esta perspectiva, la sabiduría es el camino recto de la vida que combina la virtud y la verdad como guías de esta rectitud vital en tanto gobierno de sí.⁷⁵

Mas, la ética está situada; de ahí que tenga que ver con la vida y costumbres, con la formación y educación morales. Si en estas condiciones de posibilidad del ejercicio ético no hay valores absolutos sino probables, la vida moral se vuelve gelatinosa y arenosa. Es lo que plantean los académicos: “Es cosa vergonzosa errar, y por eso a ninguna cosa debemos prestar asentimiento; pero, con todo, cuando uno obra según el dictamen probable de su conciencia, no falta ni yerra; procure sólo no aprobar como verdadero lo que se le ofrece al ánimo o a los sentidos”.⁷⁶ Desde esta tesis académica, el adulterio, el homicidio, el parricidio... no son inmorales; su razón es que “no he consentido, luego no he errado. ¿Y cómo no iba a hacer lo que me pareció probable?”⁷⁷ Dicho de otro modo: dado que no hay verdades sino probabilidades, cualquier acción ética, al estar preñada de probabilidad, vale; dar el sí a las probabilidades no es estrictamente consentimiento, pues no implica convencimiento; se actúa según le parece a cada uno desde sus probables razones que, como probables, no son convincentes sino aleatorias y azarosas. De modo que una acción como la de Catilina es plenamente válida.

Agustín replica casi salido de sí en pleno gobierno de sí. Tal ética es terrible, debe asustar a todos los hombres honrados. Le doy la palabra, que suena como el rayo de Júpiter: “...si esta argumentación es válida, con tal de no prestar asentimiento a ninguna cosa como verdadera, se podrá perpetrar toda clase de abominaciones, sin ser acusado de crimen, y ni siquiera de error”.⁷⁸ De ahí su conclusión: en ética no todo vale; la probabilidad como

71 CA, I, 1, 5.

72 *Alcibiades I*, 127d.

73 Las expresiones son múltiples y variadas: *sibi vacare* (*Cartas a Lucilio*, 17, 5; *De la brevedad de la vida*, 7, 5); *se formare* (*De la brevedad de la vida*, 24, 1); *sibi vindicare* (*Cartas a Lucilio*, 1); *se facere* (*Cartas a Lucilio*, 13; *De la vida bienaventurada*, 24, 4); *se ad studia revocare* (*De la tranquilidad del alma*, 3, 6); *sibi applicare* (*De la tranquilidad del alma*, 24, 2); *suum fieri* (*Cartas a Lucilio*, 75, 118); *in se recedere* (*De la tranquilidad del alma*, 17, 3; *Cartas a Lucilio*, 74, 29); *ad se recurrere* (*De la brevedad de la vida*, 18, 1); *secum morari* (*Cartas a Lucilio*, 2, 1); *ad se properare* (*Cartas a Lucilio*, 35, 4).

74 FOUCAULT, Michel. *El uso de los placeres*. México: Siglo XXI, 1999, p. 13.

75 CA, I, 5, 13.

76 CA, III, 16.

77 CA, III, 16, 36.

78 CA, III, 16, 36.

asentimiento sin convicción es un absurdo digno de admiración, es decir, de rechazo; el orden de la vida se pone en peligro y se cae en un pozo profundo de afirmaciones tan duras como es lo mismo la vida que matar, la verdad que la mentira, la amistad que el odio... Todo depende de cada uno y su cristal de mirada.

5. Física o filosofía del ser

Todo el aparato conceptual construido hasta aquí se culmina en Dios. Ser feliz es gozar de Dios como Verdad, Bien y Ser; sin la luz de Cristo, Suma Verdad y Sumo Bien, la razón, no obstante lo dicho hasta aquí, sigue en tinieblas; es que con Él, la filosofía llega a puerto seguro.⁷⁹ No es entonces inocente que el *Contra Academicos* en sus dos últimos capítulos, 19 y 20 del libro III, termine ocupándose de las relaciones entre la fe y la razón; es el Agustín tocado de mística y empapado del *ágape*, que no del *éros* ni de la *philia*; de este modo, el argumento más decisivo contra la razón académica es la razón mística, como un *frui* en gozo y deleite de Dios manifestado en Cristo; este gozo contempla los misterios del hombre, del mundo y de Dios a la luz de Cristo: “tenemos un guía que es capaz de llevarnos, con la ayuda del Señor, hasta los mismos arcanos de la verdad”.⁸⁰ No puedo detenerme en este Agustín místico. El *Contra Academicos* apenas lo esboza. Pero sí quiero traer a colación dos textos que siempre me han fascinado. Los cito y los dejo en el silencio del éxtasis. El primero es del *De quantitate animae*: “En la misma visión y contemplación de la verdad... ¿cómo expondré yo las alegrías, el goce del supremo y verdadero bien, la inspiración de su serenidad y eternidad que allí habrá?”⁸¹ El segundo es de *Las Confesiones*: es la inefable dialógica de Mónica y Agustín en Ostia sobre este *frui*: “...nos elevamos y tocamos... la eterna Sabiduría...; si este estado se continuase y fuesen alejados de él las demás visiones de índole inferior, y esta sola visión arrebatare, absorbiese y abismase en los gozos más íntimos a su contemplador, de modo que fuese la vida sempiterna cual fue ese momento de intuición por el cual suspiramos, ¿no sería esto el **Entra en el gozo de tu Señor?**”⁸² Estos textos callan a académicos y no académicos. El estar fuera de sí como experiencia mística es la muerte de todo concepto, incluido el propio yo. Se habita el mundo desde la razón mística como lo inefable, lo innumerable, lo inaccesible.

6. Conclusión: ¿qué es entonces hacer filosofía?

El *Contra Academicos*, para efectos del quehacer filosófico, es una polémica contra las tesis académicas, la retórica, “mera charlatanería profesional”, y la superstición maniquea.

79 CA. III, 19, 42.

80 CA. III, 20, 44.

81 XXXIII, 76.

82 IX, X, 25.

Superar esta triada, gracias al filosofar, convierte la filosofía en un reposo y descanso para el que lo hace.⁸³ La razón es que el sano filosofar se ocupa del ser mismo, Dios, más allá de las percepciones sensibles y conceptuales, a través del *ágape* como manía que habla el habla de los enamorados.⁸⁴ El *Hortensius* de Cicerón fue muy significativo en este giro epistemológico⁸⁵ así como los libros de los neoplatónicos, verdaderos perfumes de Arabia⁸⁶ y los textos neotestamentarios, verdaderos senderos de embeleso extático.⁸⁷ Esta nueva triada lleva al obispo a pensar el filosofar no como un discutir por el placer de vencer sino como un polemizar para hallar lo justo y verdadero,⁸⁸ ya que en la exposición de la verdad no cuenta el logro de la victoria sino la inclinación y rectitud del ánimo.⁸⁹ Este sentido agónico del filosofar permite que en la polémica no cuente el yugo de la autoridad sino la libertad del espíritu,⁹⁰ la indagación con muy buen método,⁹¹ la diligente investigación de la verdad y su hallazgo⁹² y el *otium contemplativo*.⁹³ Como consecuencia de estas exigencias, la filosofía se convierte en sabiduría como “ciencia de las cosas divinas y humanas”.⁹⁴ Ciencia significa comprender sin engaños ni vacilaciones, con tal firmeza que las objeciones sean resueltas.⁹⁵ Por ello, la filosofía no debe confundirse con la actividad de los adivinos ni arúspices ni augures ni astrólogos ni oniromantes ni poetas alienados, verdaderos mercachifles de opiniones, a costa del dolor humano.⁹⁶ Como ciencia de las cosas humanas, su objeto de conocimiento es la luz de la prudencia, la hermosura de la templanza, el vigor de la fortaleza y la santidad de la justicia,⁹⁷ es decir, el conocimiento de sí mismo⁹⁸ y la práctica de la virtud.⁹⁹ Nada tiene que ver, por lo mismo, con el conocimiento del número o la calidad de las tierras, del oro y de la plata que se poseen o el saber en qué versos ajenos se piensa.¹⁰⁰

83 CA. I, 1, 3.

84 CA. I, 1, 3.

85 CA. I, 1, 4.

86 CA. II, 2, 5.

87 CA. II, 2, 5 y 6.

88 CA. I, 3, 8.

89 CA. II, 4, 10.

90 CA. I, 3, 9.

91 CA. I, 4, 10.

92 CA. I, 5, 14.

93 CA. I, 6, 16; II, 2, 4.

94 CA. I, 6, 16. La definición es de Cicerón, *Tusc.* IV, 57; *De Offic.* II, 5.

95 CA. I, 7, 19.

96 CA. I, 7, 19.

97 CA. I, 7, 20.

98 CA. I, 8, 22.

99 CA. I, 8, 22.

100 CA. I, 7, 20.

Como ciencia de las cosas divinas es el conocimiento de Dios más allá del sentido corporal y del entendimiento, como gozo y trance místicos.¹⁰¹

Se perfila entonces el horizonte hermenéutico de Agustín: filosofar es la investigación de la verdad de la que se genera, con la tranquilidad del ánimo, la vida feliz.¹⁰² Esta investigación es una navegación que llega a puerto dulcísimo y segurísimo con los remos de las virtudes y con el socorro de la omnipotencia y suma sabiduría de Dios.¹⁰³ En este puerto se acallan las inquietudes y dudas,¹⁰⁴ la templanza torpedea los deseos crueles de la liviandad,¹⁰⁵ la razón se une a la fe para conocer a Dios,¹⁰⁶ la vida comienza a colmarse de sentido,¹⁰⁷ se dejan de lado los apetitos concupiscibles e irascibles,¹⁰⁸ se concentra uno en sí mismo,¹⁰⁹ se paladean los gozos de la experiencia mística,¹¹⁰ se aplastan los vicios y los matorrales de las opiniones falaces,¹¹¹ la filocalia como amor a la hermosura y la filosofía como amor a la sabiduría se dan un abrazo, pues la verdad es la hermosura suprema,¹¹² se evita la presunción de saber algo, a no ser que se sepa como esta suma: $1 + 2 + 3 + 4 = 10$,¹¹³ se asume el destino de la vida, sus costumbres, su retorno a Dios como un viaje difícil pero gozoso,¹¹⁴ la riqueza de la fortuna viene asumida como un instrumento para la buena convivencia social y para la satisfacción de las necesidades corporales...¹¹⁵ Detengo aquí mi reflexión y diálogo con Agustín. La detención es para llegar a la conclusión que nunca será final, sino para finalizar: la filosofía más que una forma de saber es una forma de vivir como gozo de la verdad y verdad del gozo, que convierte la *vita contemplativa* en comunión amorosa y abrazo del hijo pródigo con su Padre. ¡Qué lejos estamos de Platón y Plotino!, aunque se usen sus categorías. ¡Es que Agustín las ha resemantizado y pervertido cristianamente!

101 CA. I, 8, 22-23.

102 CA. I, 9, 24.

103 CA. II, 1, 1.

104 CA. II, 2, 3.

105 CA. II, 1, 2.

106 CA. II, 2, 4.

107 CA. II, 2, 5.

108 CA. II, 2, 5.

109 CA. II, 2, 5.

110 CA. II, 2, 5.

111 CA. II, 2, 6; II, 3, 9.

112 CA. II, 3, 7.

113 CA. II, 3, 9.

114 CA. II, 9, 22.

115 CA. III, 2.

La muerte del escepticismo o San Agustín y los académicos

Resumen. *El artículo intenta mostrar las contradicciones en que incurre el académico con su afirmación: "Nada es verdad, todo vale"; el Santo argumenta que esta tesis escéptica derrumba tanto el saber como el obrar y pone en peligro la convivencia de la humanidad. Se concluye probando que un argumento contra los académicos es la amistad y el habitar místicamente el mundo.*

Palabras clave: Agustín, escepticismo, amistad.

The Death of Skepticism or San Augustine and Academics

Summary. *This article intends to show the contradictions in which the academic incurs with his statement: "there is no truth, all goes". Augustine argues that this skeptical thesis knocks down both knowing and acting, and endangers the living together of mankind. The article concludes by proving that friendship and mystical way of life are arguments against academics.*

Key Words: Augustine, skepticism, friendship.